

Si no, que me lo claven en la frente.  
 Con risa prometió la concurrencia  
 A burlarse del payo su asistencia.  
 Llegó la hora, todos acudieron:  
 No bien al charlatan gruñir oyeron  
 Gentes á su favor preocupadas,  
 Viva, dicen; al son de las palmadas.  
 Sube despues el rústico al tablado  
 Con un bulto en la capa, y embozado  
 Imita al charlatan en la postura  
 De fingir que un lechon tapar procura;  
 Mas estaba la gracia en que era el bulto  
 Un marranillo que tenia oculto.  
 Tírale callandito de la oreja:  
 Gruñendo en tiple el animal se queja;  
 Pero al creer que es remedo el tal gruñido,  
 Aquí se oía un *fuera*, allí un *silbido*;  
 Y todo el mundo queda  
 En que es el otro quien mejor remeda.  
 El rústico descubre su marrano:  
 Al público lo enseña, y dice ufano:  
 ¿Así juzgan ustedes?  
 ¡Oh *preocupacion*, y cuánto puedes!

---



---

## LIBRO CUARTO.

FABULA I.—*La Mona corrida.*

---

### EL AUTOR A SUS VERSOS.

Fieras, aves y peces  
 Corren, vuelan y nadan,  
 Porque Júpiter sumo  
 A general congreso á todos llama  
 Con sus hijos se acercan;  
 Y es que un premio señala  
 Para aquel cuya prole  
 En hermosura lleva la ventaja.  
 El alto regio trono  
 La multitud cercaba,  
 Cuando en la concurrencia  
 Se sentia decir: *la mona falta.*  
 Ya llega, dijo entonces  
 Una habladora hurraca,  
 Que, como centinela,  
 En la alta punta de un cipres estaba.  
 Entra rompiendo filas  
 Con su cachorro ufana,  
 Y ante el escelso trono  
 El premio pide de hermosura tanta.  
 El dios Júpiter quiso,  
 Al ver tan fea traza,  
 Disimular la risa;  
 Pero se le soltó la carcajada.  
 Armóse en el concurso

Tal bulla y algazara,  
 Que corrida la mona  
 A Tetuan se volvió desengañada.  
*¿Es creíble, señores,  
 Que yo mismo pensara  
 En consagrar á Apolo  
 Mis versos, como dignos de su gracia?  
 Cuando por mi fortuna  
 Me encontré esta mañana,  
 Continuando mi obrilla,  
 Este cuento moral, esta patraña,  
 Yo dije á mi capote:  
 ¿Con qué chiste, qué gracia!  
 Y qué vivos colores  
 El jorobado Esopo me retrata!  
 Mas ya mis producciones  
 Miro con desconfianza,  
 Porque aprendo en la mona  
 Cuanto el ciego amor propio nos engaña.*

FABULA II.—*El Asno y Júpiter.*

No sé como hay jumento,  
 Que teniendo un adarme de talento  
 Quiera meterse á burro de hortelano.  
 Llevo á la plaza desde muy temprano  
 Cada dia cien cargas de verdura:  
 Vuelvo con otras tantas de basura;  
 Y para minorar mi pesadumbre,  
 Un criado me azota por costumbre.  
 Mi vida es esta, ¿qué será mi muerte  
 Como no mude Júpiter mi suerte?  
 Un asno de este modo se quejaba:  
 El dios, que sus lamentos escuchaba,  
 Al dominio lo entrega de un tegero.  
 Esta vida, decia, no la quiero:  
 Del peso de las tejas oprimido,  
 Bien azotado, pero mal comido;

A Júpiter me voy con el empeño  
 De lograr nuevo dueño.  
 Envíole á un curtidor; entonces dice:  
 Aun con este amo soy mas infelice.  
 Cargado de pellejos de difunto  
 Me hace correr sin sosegar un punto,  
 Para matarme sin llegar á viejo  
 Y curtir al instante mi pellejo.  
 Júpiter por no oír tan largas quejas,  
 Se tapó lindamente la orejas;  
 Y á nadie escuchaba desde el tal pollino,  
 Si le habla de mudanza de destino.  
*Solo en verso se encuentran los dichosos,  
 Que viven ni envidiados ni envidiosos,  
 La espada por feliz tiene al arado,  
 Como el remo á la pluma y al cayado;  
 Mas se tienen por míseros en suma,  
 Remo, espada, cayado, esteva y pluma.  
 ¿Pues á qué estado el hombre llama bueno?  
 El propio nunca, pero sí al ageno.*

FABAULA III.—*El Cazador y la Perdiz.*

Una perdiz, en celo reclamada,  
 Vino á ser en la red aprisionada.  
 Al cazador la mísera decia:  
 Si me das libertad, en este dia  
 Te he de proporcionar un gran consuelo.  
 Por ese campo estenderé mi vuelo:  
 Juntaré á mis amigas en bandada,  
 Que guiaré á tus redes engañada,  
 Y tendrás, sin costarte dos ochavos,  
 Doce perdices como doce pavos.  
 ¿Engañar y vender á tus amigas!  
 ¿Y asi crees que me obligas?  
 Respondió el cazador; pues no señora:  
 Muere, y paga la pena de traidora.  
*La perdiz fué bien muerta: no es dudable;  
 La traicion, aun soñada, es detestable.*

FABULA IV.—*El Viejo y la Muerte.*

Entre montes por áspero camino,  
Trozando en una y otra peña,  
Iba un viejo cargado con su leña  
Maldiciendo su mísero destino.

Al fin cayó; y viéndose de suerte  
Que apenas levantarse ya podía,  
Llamaba con colérica porfía  
Una, dos y tres veces á la muerte.

Armada de guadaña en esqueleto  
La parca se le ofrece en aquel punto;  
Pero el viejo, temiendo ser difunto,  
Lleno mas de terror que de respeto,

Trémulo la decia y balbuciente:  
Yo..., señora..., os llamé desesperado;  
Pero... acaba, ¿qué quieres, desdichado?  
Que me cargues la leña solamente.

*Tenga paciencia quien se crea infelice,  
Que aun en la situacion mas lamentable  
Es la vida del hombre siempre amable:  
El viejo de la leña nos los dice.*

FABULA V.—*El Enfermo y el Médico.*

Un miserable enfermo se moria,  
Y el médico importuno le decia:  
Usted se muere: yo se lo confieso;  
Pero por la alta ciencia que profeso,  
Conozco, y le aseguro firmemente,  
Que ya estuviera sano,  
Si se hubiese acudido mas temprano  
Con el benigno clíster detergente.  
El triste enfermo, que lo estaba oyendo,  
Volvió la espalda al médico diciendo:  
Señor Galeno, su consejo alabo:  
Al asno muerto la cebada al rabo.

*Todo varon prudente.*

*Aconseja en el tiempo conveniente;  
Que es hacer de la ciencia vano alarde  
Dar el consejo cuando llega tarde.*

FABULA VI.—*La Zorra y las Uvas.*

Es voz comun que á mas del mediodia  
En ayunas la zorra iba cazando:  
Halla una parra, quédase mirando  
De la alta vid el fruto que pendia.

Causábale mil ansias y congojas  
No alcanzar á las uvas con la garra,  
Al mostrar á sus dientes la alta parra  
Negros racimos entre verdes hojas.

Miró, saltó, anduvo en probaduras;  
Pero vió el imposible ya de fijo,  
Entonces fué cuando la zorra dijo:  
No las quiero comer: *no están maduras.*

*No por eso te muestres impaciente  
Si te se frustra, Fabio, algun intento:  
Aplica bien el cuento,  
Y di: no están maduras frescamente.*

FABULA VII.—*La Cierva y la Viña.*

Huyendo de enemigos cazadores  
Una cierva ligera,  
Siente, ya fatigada en la carrera,  
Mas cercanos los perros y ojeadores.

No viendo la infeliz algun seguro  
Y vecino parage  
De gruta ó de ramage,  
Crece su timidez, crece su apuro,

Al fin, sacando fuerzas de flaqueza,  
Continúa la fuga presurosa:  
Halla al paso una viña muy frondosa,  
Y en lo espeso se oculta con presteza.

Cambia el susto y pesar en alegría,  
Viéndose á paz y á salvo en tan buen hora,

Olvida el bien, y de su defensora  
 Los frescos verdes pámpanos comia;  
 ¡Mas ay! que de esta suerte,  
 Quitando ella las hojas de delante,  
 Abrió puerta á la flecha penetrante,  
 Y el listo cazador le dió la muerte.  
 Castigó con la pena merecida  
 El justo cielo á la cierva ingrata.  
*¿Mas qué puede esperar el que maltrata  
 Al mismo que le está dando la vida?*

FABULA VIII.—*El Asno cargado de reliquias.*

De reliquias cargado  
 Un asno recibía adoraciones,  
 Como si á él se hubiesen consagrado  
 Reverencias, inciensos y oraciones.  
 En lo vano, lo grave y lo severo  
 Que se manifestaba,  
 Hubo quien conoció que se engañaba,  
 Y le dijo: yo infiero  
 De vuestra vanidad, vuestra locura.  
 El reverente culto que procura  
 Tributar cada cual este momento,  
 No es dirigido á vos, señor jumento,  
 Que solo va en honor, aunque lo sientas,  
 De la sagrada carga que sustentas.  
*Cuando un hombre sin mérito estuviere  
 En elevado empleo ó gran riqueza,  
 Y se ensoberbeciere  
 Porque todos le bajan la cabeza:  
 Para que su locura no prosiga,  
 Tema encontrar tal vez con quien le diga:  
 Señor jumento, no se engría tanto,  
 Que si besan la peana, es por el santo.*

FABULA IX.—*Los dos Machos.*

Dos machos caminaban: el primero  
 Cargado de dinero

Mostrando su penacho envanecido,  
 Iba marchando erguido  
 Al son de los redondos cascabeles.  
 El segundo, desnudo de oropeles,  
 Con un pobre aparejo solamente,  
 Alargando el pescuezo eternamente,  
 Seguía de reata su jornada  
 Cargado de costales de cebada.  
 Salen unos ladrones, y al instante  
 Asieron de la rienda al arrogante:  
 El se defiende, ellos le maltratan;  
 Y despues que el dinero le arrebatan,  
 Huyen; y dice entonces el segundo:  
*Si á estos riesgos esponen en el mundo  
 Las riquezas, no quiero, á fe de macho,  
 Dinero, cascabeles ni penacho.*

FABULA X.—*El Cazador y el Perro.*

Mustafá, perro viejo,  
 Leblrel en montería egercitado,  
 Y de antiguas heridas señalado  
 A colmillo y á cuerno su pellejo,  
 Seguía á un javalí sin esperanza  
 De poderlo alcanzar; pero no obstante,  
 Aguzándole su amo á cada instante,  
 A duras penas Mustafá lo alcanza.  
 El cerdoso valiente  
 No escuchaba recados á la oreja;  
 Y así su resistencia no le deja  
 Cebiar al perro su cansado diente:  
 Con airado colmillo le rechaza,  
 Y bufando se marcha victorioso:  
 El cazador furioso  
 Reniega del leblrel y de su raza.  
 Viejo estoy, le responde, ya lo veo;  
 Mas dí: ¿sin Mustafá cuándo tuvieras  
 Las pieles y cabezas de las fieras  
 En tu casa de abrigo y de trofeo?

Miras á lo que soy, no á lo que he sido.  
 ¡Oh suerte desgraciada!  
 Presente tienes mi vegez cansada,  
 Y mis robustos años en olvido.  
 ¿Mas para qué me mato  
 Si no he de conseguir cosa ninguna?  
*Es ladrar á la luna*  
*El alegar servicios al ingrato.*

FABULA XI.—*La tortuga y el Águila.*

Una tortuga á una águila rogaba  
 La enseñase á volar; así la hablaba:  
 Con solo que me des cuatro lecciones,  
 Ligera volaré por las regiones:  
 Ya remontando el vuelo  
 Por medio de los aires hasta el cielo,  
 Veré cercano al sol y las estrellas,  
 Y otras cien cosas bellas:  
 Ya rápida bajando,  
 De ciudad en ciudad iré pasando;  
 Y de este fácil delicioso modo  
 Lograré en pocos dias verlo todo.  
 El águila se rió del desatino,  
 La aconseja que siga su destino,  
 Cazando torpemente con paciencia,  
 Pues lo dispuso así la Providencia,  
 Ella insiste en su antojo ciegamente,  
 La reina de las aves prontamente  
 La arrebató, la lleva por las nubes:  
 Mira, la dice, mira como subes,  
 Y al preguntarla, dijo: ¿vas contenta?  
 Se la deja caer, y se revienta.

*Para que así escarmiente*  
*Quien desprecia el consejo del prudente.*

FABULA XII.—*El Leon y el Raton.*

Estaba un ratoncillo aprisionado

En las garras de un leon: el desdichado  
 En la tal ratonera no fué preso  
 Por ladron de tocino ni de queso,  
 Sino porque con otros molestaba  
 Al leon, que en su retiro descansaba.  
 Pide perdon llorando su insolencia;  
 Al oir implorar la real clemencia,  
 Responde el rey en magestuoso tono:  
 (No digera mas Tito) te perdono.  
 Poco despues cazando el leon tropieza  
 En una red oculta en la maleza:  
 Quiere salir; mas queda prisionero:  
 Atronando la selva ruge fiero.  
 El libre ratoncillo que lo siente,  
 Corriendo llega, roe diligente  
 Los nudos de la red, de tal manera,  
 Que al fin rompió los grillos de la fiera.

*Conviene al poderoso*  
*Para los infelices ser piadoso;*  
*Tal vez se puede ver necesidad*  
*Del auxilio de aquel mas desdichado.*

FABULA XIII.—*Las Liebres y las Ranas.*

Asustadas las liebres de un estruendo,  
 Echaron á correr todas diciendo:  
 A quien la vida cuesta tanto susto,  
 La muerte causará menos disgusto.  
 Llegan á una laguna de esta suerte  
 A dar á lo profundo con la muerte:  
 Al ver á tanta rana que asustada  
 A las aguas se arroja á su llegada,  
 Hola, dijo una liebre, ¿con qué hay otras  
 Tan tímidas, que aun tiemblan de nosotras?  
 Pues suframos con ellas el destino;  
 Conocieron sin mas su desatino.

*Así la suerte adversa es tolerable*  
*Comparada con otra miserable.*

FABULA XIV.—*El Gallo y el Zorro.*

Un gallo muy maduro,  
De edad proveccta, duros espolones,  
Pacífico y seguro,  
Sobre un árbol oía las razones  
De un zorro muy cortés y muy atento,  
Mas elocuente, cuanto mas hambriento.

Hermano, le decia:  
Ya cesó entre nosotros una guerra  
Que cruel repartia  
Sangre y plumas al viento y á la tierra:  
Baja, daré para perpetuo sello  
Mis amorosos brazos á tu cuello.

Amigo de mi alma,  
Responde el gallo: ¡qué placer inmenso  
En deliciosa calma  
Deja tal vez mi espíritu suspenso!  
Allá bajo, allá voy tierno y ansioso  
A gozar en tu seno mi reposo.

Pero aguarda un instante,  
Porque vienen, ligeros como el viento,  
Y ya están adelante,  
Dos correos que llegan al momento,  
De esta noticia portadores fieles;  
Y son, segun la traza, dos lebreles.

A Dios, á Dios, amigo,  
Dijo el zorro, que estoy muy ocupado;  
Luego hablaré contigo  
Para finalizar este tratado.  
El gallo se quedó lleno de gloria  
Cantando en esta letra su victoria:

*Siempre trabaja en su daño  
El astuto engañador;  
A un engaño hay otro engaño,  
A un pícaro otro mayor.*

FABULA XV.—*El Leon y la Cabra.*

Un señor leon andaba como un perro,  
Del valle al monte, de la selva al cerro,  
A caza sin hallar pelo ni lana,  
Perdiendo la paciencia y la mañana.

Por un risco escarpado  
Ve trepar á una cabra á lo encumbrado,  
De modo que parece que se empeña  
En hacer creer al leon que se despeña.

El pretender seguirla fuera en vano:  
El cazador entonces cortesano  
La dice: baja, baja, mi querida,  
No busques precipicios á tu vida:

En el valle frondoso  
Pacerás á mi lado con reposo.  
¿Desde cuándo, señor, la real persona  
Cuida con tanto amor de la barbona?

Esos halagos tiernos  
No son por bien: apostaré los cuernos.  
Así le respondió la astuta cabra;  
Y el leon se fué sin replicar palabra:  
*Lo paga la infeliz con el pellejo,  
Si toma sin exámen el consejo.*

FABULA XVI.—*La Hacha y el Mango.*

Un hombre, que en el bosque se miraba  
Con una hacha sin mango, suplicaba  
A los árboles diesen la madera  
Que mas sólida fuera  
Para hacerle uno fuerte y muy durable.  
Al punto la arboleda innumerable  
Le cedió el acebuche; y él contento,  
Perfeccionando luego su instrumento,  
De rama en rama va cortando á gusto  
Del alto roble el brazo mas robusto.

Ya los árboles todos recorrías;  
Y mientras los mejores elegía,  
Dijo la triste encina al fresno: *amigo,*  
*Infeliz del que ayuda á su enemigo.*

FABULA XVII.—*La Onza y los Pastores.*

En una trampa una onza inadvertida  
Dió mísera caída.  
Al verla sin defensa,  
Corrieron á la ofensa  
Los vecinos pastores,  
No valerosos, pero sí traidores,  
Cada cual por su lado  
La maltrataba airado,  
Hasta dejar sus fuerzas desmayadas,  
Unos á palos, otros á pedradas.  
Al fin la abandonaron por perdida;  
Pero viéndola dar muestras de vida  
Ciertó pastor: dolido de su suerte,  
Por evitar su muerte  
Le arrojó la mitad de su alimento,  
Con que pudiese recobrar aliento.  
Llega la noche, téplase la saña;  
Marchan á descansar á la cabaña  
Todos con esperanza muy fundada  
De hallarla muerta por la madrugada,  
Mas la fiera entretanto,  
Volviendo poco á poco del quebranto,  
Toma nuevo valor y fuerza nueva:  
Salta, deja la trampa, va á su cueva;  
Y al sentirse del todo reforzada,  
Sale si muy ligera, más airada,  
Ya destruye ganados,  
Ya deja los pastores destrozados:  
Nada aplaca su cólera violenta;  
Todo lo tala, en todo se ensangrienta,  
El buen pastor por quien tal vez vivía,  
Lleno de horror la vida le pedia

No serás maltratado,  
Dijo la onza: vive descuidado;  
Que yo solo persigo á los traidores  
Que me ofendieron, no á mis bienhechores.  
*Quien hace agravios, tema la venganza;*  
*Quien hace bien, al fin el premio alcanza.*

FABULA XVIII.—*El Grajo vano.*

Con las plumas de un pavo  
Un grajo se vistió; pomposo y bravo  
En medio de los pavos se pasea:  
La manada lo advierte; lo rodea:  
Todos lo pican, burlan, y lo envían,  
¿Dónde, si ni los grajos lo querían?  
*¿Cuánto ha que repetimos este cuento*  
*Sin que haya en los plagiarios escarmiento?*

FABULA XIX.—*El Hombre y la Comadreja.*

Así decia cierta comadreja  
A un hombre que la habia aprisionado:  
¿Por qué no me dejais? ¿Os he yo dado  
Motivo de disgusto ni de queja?  
¿No soy la que desvanes y rincones,  
Tu casa toda, cual si fuese mia,  
Cuidadosa registro noche y dia  
Para que vivas libre de ratones?  
¿Gran fineza por cierto!  
El hombre respondió; pues di, ladrona,  
Si tu glotoneria no perdona  
Ni á ratón vivo, ni á cochino muerto,  
Ni á cuanto guardan ruines despenseras,  
¿Cómo he de creer que tu cuidado apura  
Por mi bien los ratones? ¿qué locura!  
No tendría yo malas tragaderas.  
Morirás; y el astuto que pretenda  
Vender como fineza lo que ha hecho,  
Sin mirar á mas fin que á su provecho,  
Sabrá que hay en el mundo quien lo entienda.

FABULA XX.—*Batalla de las comadreas y los ratones.*

Vencidos los ratones,	Puestos en la cabeza,
Huian con presteza	Para ser de sus tropas
De una atroz enemiga	Vistos en la refriega,
Tropa de comadreas;	Fueron las desdichadas
Marchaban con desórden;	Víctimas de la guerra;
Que cuando el miedo reina,	Haciendo de sus cuerpos
Es la confusion sola	Pasto las comadreas.
El gefe que gobierna,	
Llegaron presurosos	¡Cuántas veces los hombres
A sus angostas cuevas,	Distinciones anhelan,
Logrando los soldados	Y suelen ser la causa
Entrar á duras penas;	De sus desdichas ellas!
Pero los capitanes,	Si Júpiter dispara
Que en las estrechas puertas	Sus rayos á la tierra,
Quedaron atascados	Antes que á las cabañas
Sin ninguna defensa,	A los palacios y á las torres
A causa de unos cuernos	llegan.

FABULA XXI.—*El Leon y la Rana.*

Una lóbrega noche silenciosa  
 Iba un leon horroroso  
 Con mesurado paso magestuoso  
 Por una selva: oyó una voz ruidosa,  
 Que con tono molesto y continuado  
 Llamaba la atencion y aun el cuidado  
 Del reinante animal, que no sabia  
 De qué bestia feroz quizá saldría  
 Aquella voz, que tanto mas sonaba,  
 Cuanto mas en silencio todo estaba.  
 Su magestad leonesa  
 La selva toda registrar procura;  
 Mas nada encuentra con la noche oscura,  
 Hasta que pudo ver, ¡oh qué sorpresa!  
 Que sale de un estanque á la mañana  
 La tal bestia feroz, y era una rana.  
 Llamará la atencion á mucha gente

*El charlatan con su manía loca;*  
 ¿Mas qué logra, si al fin verá el prudente  
 Que no es sino una rana todo boca?

FABULA XXII.—*El Ciervo y los Bueyes.*

Con inminente riesgo de la vida  
 Un ciervo se escapó de la batida,  
 Y en la quinta cercana de repente  
 Se metió en el establo incautamente.  
 Dícele un buey: ¿ignoras, desdichado,  
 Que aquí viven los hombres? ¡ah cuitado!  
 Detente, y hallarás tanto reposo  
 Como perdiz en boca de raposo.  
 El ciervo respondió; pero no obstante  
 Déjame descansar algun instante,  
 Y en la ocasion primera  
 Al bosque espeso emprendo mi carrera.  
 Oculto en el ramage permanece;  
 A la noche el bueyero se aparece:  
 Al ganado reparté el alimento,  
 Nada divisa; sálese al momento.  
 El mayoral y los criados entran,  
 Y tampoco lo encuentran.  
 Libre de aquel apuro  
 El ciervo se contaba por seguro;  
 Pero el buey mas anciano  
 Le dice: ¿qué? ¿te alegras tan temptano?  
 Si el amo llega, lo perdiste todo:  
 Yo le llamo *Cien Ojos* por apodo;  
 Mas chiton, que ya viene.  
 Entra *Cien Ojos*: todo lo previene;  
 A los rústicos dice: no hay consuelo,  
 Las colleras tiradas por el suelo:  
 Limpio el pesebre, pero muy de paso;  
 El ramage muy seco y mas escaso:  
 Señor mayoral, ¿es este buen gobierno?  
 En esto mira el enramado cuerno  
 Del triste ciervo: grita, acuden todos



Contra el pobre animal de varios modos,  
Y á la rústica usanza  
Se celebró la fiesta de matanza.  
*Esto quiere decir que el amo bueno  
No se debe fiar del ojo ageno.*

FABULA XXIII.—*Los Navegantes.*

Lloraban unos tristes pasajeros  
Viendo su pobre nave combatida,  
De recias olas y de vientos fieros  
Ya casi sumergida.

Cuando súbitamente  
El viento calma, el cielo se serena,  
Y la afligida gente  
Convierte en risa la pasada pena.

Mas el piloto estuvo muy sereno  
Tanto en la tempestad como en bonanza;  
*Pues sabe que lo malo y que lo bueno  
Está sugeto á súbita mudanza.*

FABULA XXIV.—*El Torrente y el Rio.*

Despeñado un torrente  
De un encumbrado cerro  
Caía en una peña,  
Y atronaba el recinto con su estruendo.  
Seguido de ladrones  
Un triste pasagero,  
Despreciando el ruido  
Atravesó el raudal sin desaliento;  
Que es comun en los hombres,  
Poseidos del miedo,  
Para salvar la vida  
Esponerla tal vez á mayor riesgo.  
Llegaron los bandidos,  
Practicaron lo mesmo  
Que antes el caminante,

Y fueron en su alcance y seguimiento.

Encontró el miserable  
De allí á muy poco trecho  
Un rio caudaloso  
Que corria apacible y con silencio.  
Con tan buenas señales,  
Y el próspero suceso  
Del raudal bullicioso,  
Determinó vadearle sin recelo;  
Mas apenas dió un paso  
Pagó su desacuerdo,  
Quedando sepultado  
En las aleves aguas sin remedio.

*Temamos los peligros  
De designios secretos;  
Que el ruidoso aparato,  
Si no se desvanece, anuncia el riesgo.*

FABULA XXV.—*El Leon, el Lobo y la Zorra.*

Trémulo y achacoso  
A fuerza de años un leon estaba:  
Hizo venir los médicos ansioso  
Por ver si alguno de ellos lo curaba.  
De todas las especies y regiones  
Profesores llegaban á millones.  
Todos conocen incurable el daño:  
Ninguno al rey propone el desengaño;  
Cada cual sus remedios le procura,  
Como si la vegez tuviese cura.  
Un lobo cortésano,  
Con tono adulador y fin torcido,  
Dijo á su soberano:  
He notado, señor, que no ha asistido  
La zorra como médico al congreso;  
Y pudiera esperarse buen suceso  
De su dictámen en tan grave asunto.  
Quiso su magestad que luego al punto

Por la posta viniese:  
 Llega, sube á palacio; y como viese  
 Al lobo su enemigo, ya instruida  
 De que él era el autor de su venida,  
 Que ella escusaba cautelosamente,  
 Inclinando al rey profundamente  
 Dijo: quizá, señor, no habrá faltado  
 Quien haya mi tardanza acriminado;  
 Mas será porque ignora,  
 Que vengo de cumplir un voto ahora  
 Que por vuestra salud tenia hecho;  
 Y para mas provecho,  
 En mi viage traté gentes de ciencia  
 Sobre vuestra dolencia.  
 Convienen, pues, los grandes profesores  
 En que no teneis vicio en los humores,  
 Y que solo los años han dejado  
 El calor natural algo apagado;  
 Pero este se recobra y vivifica  
 Sin fastidio ni drogas de botica,  
 Con un remedio simple, liso y llano  
 Que vuestra magestad tiene en la mano.  
 A un lobo vivo arránquenle el pellejo,  
 Y hacer que os le apliquen al instante;  
 Y por mas que esteis débil, flaco y viejo,  
 Os sentireis robusto y rozagante;  
 Con apetito tal, que sin esfuerzo  
 El mismo lobo os servirá de almuerzo.  
 Convino el rey, y entre el furor y el hierro  
 Murió el infeliz lobo como un perro.

*Así viven y mueren cada dia  
 En su guerra interior los palaciegos,  
 Que con la emulacion rabiosa ciegos  
 Al degüello se tiran á porfia.  
 Tomen esta leccion muy oportuna:  
 Lleguen á la privanza enhorabuena;  
 Mas labre su fortuna  
 Sin cimentarla en la desgracia agena.*

## LIBRO QUINTO.

### FABULA I.—*Los Ratones y el Gato.*

*Marramaquíz*, gran gato,  
 De nariz roma, pero largo olfato,  
 Se metió en una casa de ratones.  
 En uno de sus lóbregos rincones  
 Puso su alojamiento:  
 Por delante de sí de ciento en ciento  
 Les dejaba por gusto libre el paso,  
 Como hace el bebedor que mira al vaso;  
 Y ensanchando así mas sus tragaderas,  
 Al fin los elegia como peras.  
 Este fué su egercicio cotidiano;  
 Pero tarde ó temprano,  
 Al fin ya los ratones conocian  
 Que por instantes se disminuian.  
 Don *Roepan*, cacique el mas prudente  
 De la ratona gente,  
 Con los suyos formó pleno consejo,  
 Y dijo así con natural despejo:  
 Supuesto, hermanos, que el sangriento bruto  
 Que metidos nos tiene en llanto y luto,  
 Habita el cuarto bajo,  
 Sin que pueda subir ni aun con trabajo  
 Hasta nuestra vivienda; es evidente  
 Que se atajará el daño solamente  
 Con no bajar allá de modo alguno.  
 El medio pareció muy oportuno;  
 Y fué tan observado,  
 Que ya *Marramaquíz* el muy taimado,  
 Metido por el hambre en calzas prietas,